

Fueron con su Señoría los dos Padres, y reconociendo la prissa, con que deseava desembarazarse, por la grande vehemente inclinacion, con que le llamava el amor à su Familia, bautizaron à los parvulos de los dos Pueblos; y siendo tantos, por ser el de Jesus, Maria, y Joseph el mas numeroso de la Provincia, y el calor excessivo, sin permitir interrupcion los muchos, que havian concurrido, sudavan aquellos Evangelicos Obreros tanto, que hasta las Sotanas quedavan como si las huvieran metido en agua. Acá vino en seguimiento del Governador el *Tonati* con su Familia, y desde luego ofreció à sus hijos, que eran quatro, para que se bautizáran. Hizose reparar la singularidad, que solicitó uno de los Caziques para estos Bautismos; porque como eran tantos, les administravan los Padres à muchos juntos, arreglandose al Ritual Romano, y queriendo executar con los hijos del *Tonati* lo que estilavan con los otros, se llegó al Padre un Cazique, avisandole, que no parecia bien, que los hijos de tan autorizado Personage se bautizassen como los otros, aunque lo fuesen de Indios Principales, sino que se havia de hazer separadamente, como lo executó aquel Missionero, apadrinando à dos el Governador, y à los otros dos su Teniente D. Miguel de Cañas, con agradecimiento de los Nayeres, que con estas muestras de gratitud, y con el reparo, que hizieron, probaron, que en el *Tonati* reconocian superioridad.

Concluidos los Bautismos, se partiò luego el Gefe de aquella Sierra à su hacienda dia doze de Marzo, haviendo estado en el Nayar solo poco mas de dos meses. Llevóse toda su gente con algunos Soldados del Rey; y hasta su Teniente Don Miguel de Cañas, à quien por su valor, y por su juicio se le podia fiar la ausencia, salió con titulo de acompañarle, previendo los gravissimos males, que podian seguirse del estado, en que quedava la Provincia. Los

In-

Indios amigos ya antes havian marchado casi todos. Los Padres llenos de sentimiento, que solo aliviavan con la confianza, que tenian en Dios, se restituyeron à la Mesa, por ser el centro, y para acudir desde allí à donde les llamasse la necesidad. Lo cierto es, que pareció arrojado desamparar un Reino tan alborotado, antes de pacificarle del todo, y abandonar tan presto un parto todavia tan informe, que havia costado tantos dolores, y que à no estar Dios tan empeñado en favorecer esta Conquista, no pudiera haverse conservado; mas fué sin duda, para que vieramos, que esta era obra toda suya, haziendo, que se lograra aun contra lo que podia prometerse toda prudencia humana.

CAPITULO XXII.

SIGUENSE LOS MALOS EFECTOS, QUE se temieron de la ausencia del Governador, y acometen algunos trabajos, quedando victoriosa la tolerancia.

Concedió licencia al Governador el Señor Virrey, para que passasse à su hacienda con la precision, à que executava la empresa, que se le havia fiado, previniendole no solo, que saliesse de su cuenta, y riesgo, sino que dexasse Teniente de su satisfaccion, y tal, que no se hiziesse sensible su ausencia, y no obligasse à que se deseára su Persona. Hallavanse fuera del Reino, entendiendo en negocios conducentes à la reduccion, los Capitanes Don Santiago de Rioja, y Don Alonso de Reina. Y como el Teniente de Governador Don Miguel de Cañas huyó juiziosamente el hombro, previendo ya los males, que amenazavan à la Provincia con la casi summa falta de

de municiones, y alimentos, por mas que se prometia la pronta remission de uno, y otro, se vió obligado à dexarlo todo al cuidado del Sargento de la Compañia de Zacatécas, hombre honrado, de punto, y mui impuesto en la disciplina Militar: mas siendo muchas las partes, de que se compone una cabeza, apenas havian echado menos la del Governador los Nayeres, comenzaron à retirarse de los Pueblos, agregandose à los rebeldes, que aun todavia se mantenian en los barrancos, haziendo alli frequentes Juntas à fin de sublevarse, para que acabando con los pocos, que havia dexado el Governador en la Provincia, bolviessen à gozar la libertad, que lloravan ya perdida.

El lugar, donde con mas frecuencia, y concurso se tenian estas conferencias, era la Rancheria del rebelde Don Alonso situada en el rio, y estrecho barranco de Santiago. El efecto fué no solamente quedar resuelta la sublevacion, sino para asegurarla, salir luego el mismo Don Alonso à solicitar algunas Esquadras de los Tobosos: noticia, que dieron algunos Indios de Santa Theresa, y que renovó los antiguos remores; porque los que se hallavan en el Presidio de San Salvador, no tenian aun todavia fortaleza alguna para su defensa. Y aunque los de la Mesa se hallavan con dos Torreones en el Presidio de San Francisco Xavier de Valéro, que fueran suficiente reparo, para contener à los Nayeres, no lo era para la ofensiva de los feroces, y veteranos Indios de la Vizcaya. A que se añadia, que el mayor enemigo estava dentro en la escasez de viveres, y de municiones, y era inevitable el perecer à los mas sensibles filos de la hambre; porque aunque con haver despachado su Teniente al Señor Governador tres sucesivos Correos se consiguió, que remitiesse polvora, y balas, encargando su conduccion à los Indios del Pueblo de Mezquitique, por haver sido siempre mui fieles, pero no se pudo remediar la falta de alimentos,

por

por no haver hallado mulas, para conducirles, assi por lo escaso de los pastos, como por el horror, que todos tenian à la aspereza de los caminos. Llegó à faltar tan del todo la carne, y el maíz, que muchos dias no tuvieron los Padres, y Soldados otra vianda, que las frutas silvestres, que buscava la necesidad, y distribuía la escasez, aumentandose mas este tormento con haverse ido los Indios amigos, que eran los que mas se alejavan à buscar estos socorros à la urgencia casi extrema.

Mas à pesar de la hambre, y de la falta de defensores, con la provision de municiones, y mas con la noticia de hallarse ya en su Rancheria el Indio Don Alonso, por haver retrocedido luego, que llegó à los terminos de esta Provincia, que confinan con los de la nueva Vizcaya, no atreviendose à penetrar hasta la tierra de los Tobosos, por haver sabido, que andava todavia en Campaña aquel Governador, se alentaron tanto los Nuestrros, que determinaron los Padres celebrar la Semana Santa, adornando uno de los Torreones, que les sirvió de Iglesia, assi por vér, si la novedad sacava à los Indios de sus barrancos, como para implorar de la Divina clemencia, que continuasse sus beneficios, y facilitasse la conduccion de viveres. Mucha fué la novedad, que causaron à los Nayeres, que acudieron, las ceremonias, con que en este Santo tiempo excita la devocion nuestra Madre la Santa Iglesia; pero lo que mas fuerza les hizo fué el lavatorio de los pies; porque escogiendo, para lavarfe los à los mismos Barbaros, quedaron atonitos al mirar hincados de rodillas à sus pies, no solo à los Missioneros, sino à aquellos mismos Soldados, que en la Campaña havian visto pelear con tanta valentia. Y aunque antes se divulgó la noticia, passando de los que quedaron en el Pueblo à los que se havian retirado, bien se conoció de los pocos, que concurrieron, los muchos, que estavan escondidos en sus

bar-

barrancos: despues lo confirmó la tragedia, que padecimos, y fué un borron, que echaron estos Seranos en la tabla, hasta entonces limpia, de esta Conquista.

La vispera de Ramos llegó de la Ciudad de Zacatécas à esta Provincia Don Alonso Fernandez de Monroy, con un criado llamado Juan Joseph de Esparza: venia este Cavallero de orden del Señor Virrey, para reconocer, si eran minerales estos cerros, y para probar los metales, que se pudiesen sacar. Luego que passó la Pasqua de Resurreccion, pidió al Teniente de Governador escolta, para passar al sitio de la Puerta con alguna seguridad; pero aquel Cabo sentia tanto, que se enflaqueciesse mas su tan corta guarnicion, que no hubo remedio de concederle lo que pedia; lo mas que pudo conseguir fué, que le acompañasse Don Santiago de Arbizu, Soldado Español, y que mas que ninguno havia dado muestras de su valor con un mulato llamado Juan Antonio de Leon diestro en manejar las armas, y practico en los caminos del Nayar, por ser uno de los que vivian en esta Sierra, aunque se reduxo à nuestro Campo, desamparando muy con tiempo el de los rebeldes. Apenas havia caminado Don Alonso quatro leguas, quando reconocieron en un sitio, que descollava eminente en el barranco de Santiago, señas de ser mineral; determinó reconocerle, dexando à las orillas del rio à los dos sus compañeros: subieron Don Alonso, y Don Santiago; y à poco andar descubrieron una beta, de que arrancando con los picos algunas piedras, vieron en ellas varios granos de plata virgen, que las hermozeavan; pero al tiempo, que gozofos admiravan aquella riqueza, les asustó el funesto alarido de los Nayeres, que tenian sitiados à los que quedaron en la orilla del rio, guardando los cavallos.

El motivo de esta inquietud fué, que viendo Juan Antonio, y Esparza unas cavallerias de los Indios,

dios, que havian llegado à beber al rio, les pareció bien el remudar con ellas, para que las suyas descansáran; y haviendolas lazado, acertaron à verlo unos Infieles, que dieron pronto aviso à los que vivian en lo interior del barranco. Acudieron muchos armados con arco, flechas, y alfanges, ocultandose à observar, si proseguian su intento. Entre los demás acertó estar el dueño de aquellas cavallerias, que era un Viejo, y viendo, que se las llevavan, salió de la maleza, y afeandoles la violencia, les reprehendió la injusticia de usurpar lo ageno. Irritados Esparza, y Juan Antonio con la reprehension, prorrumpieron en palabras tan injuriosas, que enfureciendo à los Indios su arrogancia, comenzaron à despedir de los arcos tantas flechas, que à no valerse del resguardo, que les ofreció el tronco de un arbol, les huvieran luego muerto.

Mas Esparza pensando amedrentarles con el amágo de la escopeta, ò con el estruendo, si fuesse necesario dispararla, salió animoso, encarandose al Viejo especialmente ofendido, que ya le esperaba con la flecha enarcada, y disparando casi à un tiempo los dos, al meterle al Indio en el cuerpo las balas, cayó él atravesado con la flecha, arrojada con tanto impulso, que entrando por el pecho, salió por la espalda, no solo la punta, sino parte de la caña. Poco despues bien asustados baxaron D. Alonso, y Don Santiago, y llegando al puesto, donde aun se mantenia, peleando, aunque herido, Juan Antonio, quisieron darle focorro; pero advirtiendo, que à Don Santiago al primer tiro, se le quebró la caja del arcabuz, dispuso con grande agilidad los cavallos, y les persuadió, que montassen, y le siguiesen, pues las heridas no se lo embarazavan. Y dexando à Esparza, que ya estava en las ultimas agonias, comenzaron su buelta. Luego que los Indios reconocieron la fuga, que por cohonestarla, llamaremos retirada,

rada, acudieron todos al sitio, en que havia quedado Esparza, y acabaron con los alfanques de matarle; figuieron despues à los otros con un continuo alarido; mas el gran conocimiento de la tierra, que tenia Juan Antonio, les facilitó el escape.

Llegaron à la media noche al Presidio, y luego se confesó Juan Antonio, porque llevaba dos heridas, que se juzgaron mortales; aunque quiso Dios, que despues sanara. Refirieron la tragedia, y el Teniente de Capitán Don Juan de Orendain pidió al que governava algunos Soldados, assi para seguir à los agressores, procurando con la misma prontitud en castigarles amedrentar sus brios, como por traer, y enterrar en sagrado el Cadaver de Esparza: persistió firme en el dictamen de amparar el Presidio, y no disminuir las fuerzas con la division de Esquadras. Despues supieron, que los del Cangrejo asseguravan, que los Indios estaban inquietos por haver sido provocados, comprobandolo con el hecho, por ser, como eran los cavallos, en que llegaron los Nuestrros à la Mesa, de los Indios, à quienes mandó el Teniente de Governador, que traxeran, como lo executaron, el Cuerpo del difunto, para darle Eclesiastica Sepultura. Dixose entonces tambien, que havia muerto el Barbaro; mas poco despues vino à la Mesa, y vivió muchos años con las balas en el vientre, sin que le causasse especial molestia; y havendoselas sacado, quedó del todo bueno.

Passados algunos dias se aumentaron los temores, descubriendose los secretos designios de los Nayeres; porque un Indio enviado del Viejo Don Alonso llegó à Santa Gertrudis, y convocados al anocheecer à Junta los Principales del Pueblo, les dixo: que el Governador no bolvia ya al Nayar, por haverse quemado toda su hazienda; y la verdad fué, que dos Soldados fugitivos, que havia aprehendido, y tenia assegurados, quemaron la puerta de la pieza, en que

les

les guardava; pero reconocido el fuego, se apagó con tiempo, atajando todos los daños. Esta noticia, que ninguno de los Nuestrros sabia, llegó à la de los Indios casi al mismo tiempo, que sucedió, distando la hazienda del Governador casi sesenta leguas de esta Provincia. Añadió el enviado, que à mas de quedar impossibilitado el regresso, no se podian enviar alimentos, de que estaban tan escasos los pocos Soldados, que se mantenian en los Presidios, que ya los Laguneros, y todos los del Rio de Santiago, havian hecho mucha provision de flechas, deseando solamente, que todos se uniesen, para acabar con los Españoles.

No se sabe lo que respondieron los de Santa Gertrudis; porque dispuso el Señor, que passando cerca de la casa, en que se tuvo la conferencia, un Soldado inteligente del idioma Mexicano, reparó en la Junta, y se detuvo, sin que lo advirtieran los Indios, enterandose assi de quanto se tratava. Passó luego à dar noticia al Presidio, en que estava con el mando el Alferes Don Joseph Manuel Carranza, y Guzman (à quien parece le era connatural el valor, la resolucion, y el acierto): y sin detenerse, llevando consigo algunos Soldados, cercó la casa, y aprehendió al Embaxador: y aunque quiso fingir varias mentiras, por ultimo, ya con alhagos, ya con amenazas, confesó la verdad, refiriendo lo mismo, que havia dicho à los Infieles. Luego se encaminó el Alferes à la Rancheria de Don Alonso, para cortar el hilo à la sedicion: dexó algunos Soldados, para guardar el Presidio, marchó con solos doze hombres, yendo todos à pié por donde les guiava el prissionero, llevando mui pocos viveres, à que obligava la necesidad. Y aunque caminavan alegres, les defazonó el gusto, el que dos Soldados, havendose fatigado, y detenido, para tomar algun descanso, perdieron el camino, y nunca pudieron, aunque les aguardaron, juntarse con

Bb 2

sus

sus compañeros. Llegaron à la Rancheria poco despues de media noche, y al quererle poner cerco, fueron sentidos de los Nayeres: metieron mano à los alfanges, y casi sin deliberacion, se arrojaron desde el bordo del barranco à la profundidad del rio: uno de ellos, que movia con agilidad el alfange, tropezó al irse precipitado al agua con el Alferéz, que sintiendose herido en la garganta del pié, avisó à los suyos. Ciegos estos dos vezes con la obscuridad, y con la colera, dieron carga cerrada apuntando al rio, y solo ofendieron las balas à un muchacho, que quedó herido, y à una muger, que se halló muerta sepultada en las hondas.

Los Nuestrós reconociendo, que ya se havia errado el tiro, y que estava mal herido su Alferéz, tomaron la buelta, antes que amaneciera: afligió à todos aun mas, que el cansancio, y hambre, la sed, que apenas podían tolerar; pero à poco andar descubrió un Soldado en una peña agua bastante, para beber toda la Esquadra. Ivan mas alentados con el refrigerio, quando advirtieron, que les venian siguiendo innumerables Barbaros en ademán de acometerles: mandó el Alferéz, que se ocupasse la cumbre de un cerro, que estava limpio de Arboleda, sin tener otra planta, que un solo arbol: dió orden, que no se disparasse, hasta que los Indios embistiessen; pero estos se contentaron con cercar el cerro, que havian ocupado los Españoles. A este tiempo se hallaron los Soldados cercados de mayores congoxas, porque sobre estar faltos de sueño, el Alferéz aunque lleno de aliento, perdia las fuerzas, por lo mucho que se defangrava.

Resueltos à morir en defensa de nuestra sagrada Religion, hincados de rodillas rezaron tres vezes el Credo, y luego experimentaron el favor del Cielo, con una novedad impensada; porque aquella noche, en que dieron el assalto à la Rancheria de
Don

Don Alonso, llegó à la Puerta el Señor Governador, acompañado de buen numero de Soldados: supieronlo los Infieles sitiadores al tiempo mismo, que los Nuestrós clamavan à Dios por socorro; enviaron uno, que sin darse por entendido de la novedad con el Alferéz, le rogó en nombre de todos, que perdonára el atrevimiento de sus compañeros, à quienes havia cegado el sentimiento por la muerte de la India; y que procuráran luego sin dilacion retirarse, asegurando, que no les ofenderian mas, y que si querian por estar mas cerca, que el Presidio de San Francisco Xaviér de Valéro, caminar à la Mesa, él les mostraria el camino, como lo hizo; y siendo preciso baxar al rio, lograron en sus orillas, no solo agua para apagar la sed, sino muchos pezes, para mitigar su hambre. A los Indios, que encontraron allí, les experimentaron mui joviales, y officiosos, como les hallaron antes los dos Soldados, que havian quedado perdidos, y que por varios extravios guió la providencia, hasta juntarse en el rio con sus compañeros, con quienes llegaron al Pueblo de la Santissima Trinidad el dia treinta, y uno de Mayo, en que por Titular se havia celebrado la Fiesta solemne de este Augustissimo Mysterio.

CAPITULO XXIII.

*ENTRA DE NUEVO EL GOVERNADOR,
sossieganse las sediciones, y finalizase
la Conquista.*

ES mui ordinario, que quando à una grande affliccion sucede el alivio, se recibe como mui especialmente apreciable el consuelo. Afligidissimos se hallavan los Nuestrós con la ausencia del Governador
cau-